

BIBLIOGRAFIA

La actitud del Filósofo.

por JUAN R. SEPICH, Ed. C.C.C.

Bajo el conocido sello editorial C. C. C. llegan hasta nosotros en una enjundiosa obra, las meditadas reflexiones del Padre J. R. Sepich.

LA ACTITUD DEL FILOSOFO tiende a ubicar la vocación humana dentro de su verdadera órbita. Tarea necesaria, hoy más que nunca, porque la desjerarquización de los valores en el mundo moderno ha traído como funesta consecuencia, la anarquía espiritual, arraigada y enseñoreada en el campo filosófico actual.

Pero voces valientes que deben ser escuchadas sin dilación en esta hora definitiva, se alzan señalando el camino a retomar, con el pregón de las eternas verdades que han de ser consideradas como meta hacia el fin último para el que ha sido creado el hombre.

"La vía espiritual está vacía; la sujeción jerárquica a lo mejor no existe", dice el Padre Sepich en una sintetización del mal-*causa* que destroza irremediablemente lo más íntimo del ser.

Y si existe una actitud externa que denuncia una *convicción* interna en el hombre común, existe también una manifiesta incoherencia entre el pensar y el obrar del hombre intelectual que dice —y cree profesar la doctrina perenne de los valores rectamente jerarquizados. Es que hay una infiltración —casi ignorada a veces— del atroz liberalismo que proclama una licencia absurda con el nombre de la libertad, encadenando la verdadera libertad.

Apoyándose en endebles argumentaciones, reducido a mero formulismo, el afán liberalista no conduce sino al sojuzgamiento de la dignidad espiritual impidiendo la realización plena de la vocación humana.

¿Qué futuro está labrándose el hombre que doblega así su independencia espiritual? Contesta el autor: "Este es el futuro que hay que anticipar. Este es el verdadero campo en que hay que emplear la fuerza del espíritu para medirlo y comprenderlo antes de aventurarse a él. La evidencia y posesión de un presente como el nuestro, es nada comparado con este futuro, cuya tremenda inminencia significa para el espíritu su condenación a tener que vivir oprimido sin ambiente para cumplir su destino trascendente".

La auténtica e intensa vida espiritual que urge al hombre de nuestro tiempo es el único medio conducente al camino de lo mejor. Camino de salvación porque es camino de reencuentros. Allí donde el espíritu sepa dispensar a cada valor su justo aprecio, encauzados al Fin de donde tomaron Principio.

Paso a paso se sigue, en esta obra sustanciosa, la larga trayectoria de la actitud histórica que asume el filósofo. Se adelantan primero los griegos con su gigantesco esfuerzo, siete veces secular, en alcanzar la perfección absoluta. Hombres de recio espíritu que buscaron afanosamente el camino de la ascensión a lo divino, a lo Absoluto, antes de la Encarnación del Verbo, antes del descanso de Dios hasta nosotros, premisa necesaria para el pleno logro

de su permanente intento. Ello justifica su actitud vital. Y es la lección vigorosa y sostenida que legaron a la humanidad, sostenida durante siglos "sin traicionar uno solo de los principios de su existencia".

Pero se hacía necesaria la integración en el cristianismo para que el éxito coronara la esforzada actitud griega. Porque el filósofo griego **buscaba** la sabiduría como forma suprema de vida espiritual, y el filósofo cristiano del medioevo alcanza a **contemplarla** y a **vivir** para ella. Así el medieval heredó de los griegos esa agudizada conciencia de lo Absoluto y "realizó con su actitud la forma más perfecta de vida: el teólogo". Ya no es la razón solamente quien surcará los caminos de la unidad porque la fe ha abierto la brecha insospechada que trasciende los caminos naturales. El milagro de la Edad Media tiene su resorte principal, su invisible secreto, en la grandeza sobrenatural que le confiere la Redención.

El resentimiento posterior de la unidad que había conseguido la actitud vital de los medievales, es el arduo problema humano que vivimos actualmente, agrandado por las falsas soluciones que el paso de los siglos acumuló. La única solución está aún esperando al hombre. Es el único camino por el que el hombre tiene la total posibilidad de perfeccionarse, de reintegrarse, de realizar su auténtica vocación de hombre: devolver a la vida el sentido que el desatino humano olvidó hace tiempo y que debe restaurar necesariamente si no quiere perderse para siempre en los estériles y absurdos caminos que ha emprendido.

Al filósofo, y más propiamente al teólogo, corresponde detener el avan-

ce vertiginoso del mal de nuestros días. Varias notas, —supuestos— son necesarias en la actitud vital que ha de adoptar el filósofo.

El primer supuesto es el de la primacía de lo Absoluto. Porque "sin lo Absoluto, no hay filosofía ni filósofo; porque sin lo Absoluto no puede haber universal conciencia ni perfección de lo humano". Indispensable consideración en la vida del filósofo pues sólo en lo Absoluto mora la verdad, aquella que devolverá al hombre la verdadera pauta y hará que la vida sea lo que **debe ser**.

Hay luego la necesaria preeminencia del logos sobre el etos, de donde surgirá el equilibrio que caracteriza al verdadero filósofo y que "consiste en que su vida entre en tensión a medida que su espíritu se ilumina. Sin esta condición, el hombre mata en sí la vocación a la filosofía y anula el valor humano de todo esfuerzo".

Digno de ser considerado palabra por palabra, es colón con que el Padre Sepich cierra su trabajo sobre "La Actitud del filósofo".

Y si vibra en nuestro espíritu la inquietante pregunta de "hacia dónde vamos? se nos contesta con precisión: "Cada época va hacia donde se dirige; los propósitos se elaboran según la preponderancia del espíritu o de la materia. La señal de los tiempos indicará su valor "Cuando viereis retoñar a la higuera, se aproxima el verano". Si la señal de los tiempos indica su sazón, los hombres que sienten sobre sí el deber de configurar su siglo han de estar atentos a los signos que anuncian el futuro; más no han de preferir aquellos que explican el presente".